



# EL PODER DE LOS AFECTOS EN LA POLÍTICA

hacia una revolución  
democrática y verde

chantal mouffe



# Índice

<b>1. Una nueva forma autoritaria de neoliberalismo</b>	<b>11</b>
<b>2. La política y los afectos</b>	<b>31</b>
<b>3. Afectos, identidad e identificación</b>	<b>49</b>
<b>4. Una revolución democrática verde</b>	<b>67</b>
<b>Epílogo</b>	<b>87</b>
<b>Agradecimientos</b>	<b>91</b>



Un afecto no puede ser reprimido ni suprimido sino por medio de un afecto contrario y más fuerte que el que ha de ser reprimido.

SPINOZA, *Ética*, IV.7

Puesto que los hombres [...] son guiados más por el afecto que por la razón, se sigue que una multitud no quiere ser guiada por el dictado de la razón, sino que quiere estar de acuerdo naturalmente en algún afecto común.

SPINOZA, *Tratado político*, VI.1



# **1. Una nueva forma autoritaria de neoliberalismo**





En mi libro *Por un populismo de izquierda*, sobre la base del enfoque hegemónico discursivo elaborado en *Hegemonía y estrategia socialista* y el análisis del populismo que hace Ernesto Laclau en *La razón populista*, examiné la coyuntura en Europa occidental durante los años posteriores a la crisis de 2008, y la denominé “momento populista”.<sup>1</sup> Señalé que se trataba de la expresión de diversas formas de resistencia a las transformaciones políticas y económicas producto de treinta años de hegemonía neoliberal. Esas transformaciones condujeron a una situación que se ha designado como “posdemocracia” para señalar la erosión de los dos pilares del ideal democrático: la igualdad y la soberanía popular.

En la arena política, esa evolución se caracteriza por aquello que en mi libro *En torno a lo político* propuse denominar “pospolítica”.<sup>2</sup> Con ese término aludo al consenso que se estableció entre los partidos de centroderecha y de cen-

1 Chantal Mouffe, *For a Left Populism*, Londres, Verso, 2018 [ed. cast.: *Por un populismo de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018]; Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso, 1985 [ed. cast.: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la política democrática*, Buenos Aires, FCE, 2004]; Ernesto Laclau, *On Populist Reason*, Londres, Verso, 2005 [ed. cast.: *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005].

2 Chantal Mouffe, *On the Political*, Abingdon, Reino Unido, Routledge, 2005 [ed. cast.: *En torno a lo político*, Buenos Aires, FCE, 2007].

troizquierda en torno a la idea de que no había alternativa posible a la globalización neoliberal. Con el pretexto de la “modernización” impuesta por la globalización, los partidos socialdemócratas aceptaron los dictados del capitalismo financiero y los límites que este imponía a las intervenciones del Estado en el campo de las políticas redistributivas. La política pasó a ser un mero asunto técnico de administración del orden establecido, un terreno reservado a expertos. Las elecciones ya no ofrecen la posibilidad de decidir entre alternativas reales por medio de los partidos de “gobierno” tradicionales. Lo único que permite la pospolítica es la alternancia bipartidista del poder entre partidos de centroderecha y de centroizquierda. De esta manera, se socavó uno de los pilares fundamentales del ideal democrático: el poder del pueblo; la soberanía popular se declaró obsoleta y la democracia se redujo a su componente liberal.

Estos cambios a escala política ocurrieron en el contexto de un nuevo modo de regulación capitalista, en el que el capital financiero ocupa un lugar central. La financiarización de la economía ha llevado a una gran expansión del sector financiero a expensas de la economía productiva. A raíz de las políticas de austeridad impuestas tras la crisis de 2008, hemos sido testigos de un aumento exponencial de la desigualdad en los países europeos, con especial foco en el Sur. Esta desigualdad ya no afecta solo a la clase trabajadora, sino además a gran parte de las clases medias, que han iniciado un proceso de pauperización y precarización. Esto contribuyó al derrumbe del otro pilar del ideal democrático –la defensa de la igualdad–, que también fue eliminado del discurso liberal democrático dominante. El resultado de la hegemonía neoliberal fue que, tanto en el plano socioeconómico como en el político, se estableció un régimen verdaderamente oligárquico. Dentro de este marco, quienes se oponen a este “consenso en el centro” posdemocrático son tildados de extremistas y denunciados como populistas.

Uno de los argumentos centrales de este libro es que precisamente en el contexto posdemocrático se puede comprender el “momento populista”. A fin de aprehender su dinámica, es imprescindible adoptar un enfoque antiesencialista, según el cual el “pueblo” se concibe como una categoría política y no como una categoría sociológica o un referente empírico. La confrontación pueblo versus *establishment*, característica de la estrategia populista, puede construirse de maneras muy diferentes. En varios países europeos, los partidos populistas de derecha que articulan el rechazo a la posdemocracia de un modo autoritario se han apropiado de las demandas *antiestablishment*. Esos movimientos construyen un “pueblo” por medio de un discurso etnonacionalista que excluye específicamente a los inmigrantes, a quienes percibe como una amenaza a la identidad nacional y a la prosperidad. Abogan por una democracia orientada de manera exclusiva a defender los intereses de aquellos a quienes consideran “verdaderos ciudadanos nacionales”. En nombre de la recuperación de la democracia, de hecho propugnan su limitación.

A mi entender, para impedir el éxito de esos movimientos autoritarios es imprescindible construir la frontera política de una manera que profundice la democracia, en lugar de limitarla. Esto significa desplegar una estrategia populista de izquierda cuyo objetivo sea la constitución de “un pueblo” construido mediante una “cadena de equivalencia” entre una diversidad de luchas democráticas en torno a asuntos relacionados con la explotación, la dominación y la discriminación. Esa estrategia implica reafirmar la importancia de la “cuestión social”, dando cuenta de la creciente fragmentación y diversidad de los “trabajadores” pero también de la especificidad de las diversas demandas democráticas en torno al feminismo, el antirracismo y cuestiones relativas al colectivo LGBTQ+. Su objetivo es la articulación de una “voluntad colectiva” transversal, un “pueblo” apto para asumir

el poder y establecer una nueva formación hegemónica que propicie un proceso que radicalizará la democracia.

Este proceso de radicalización democrática se compromete con las instituciones políticas existentes para poder transformarlas de raíz mediante procedimientos democráticos. Se trata de una estrategia que no busca una ruptura radical con la democracia liberal pluralista ni el establecimiento de un orden político por completo nuevo. Por ende, difiere tanto de la estrategia revolucionaria de la “extrema izquierda” como del estéril reformismo de los socioliberales. Es, entonces, una estrategia de “reformismo radical”.

Desde su publicación en 2018, varias de las fuerzas políticas que mencioné en el libro y que implementaban una estrategia “populista de izquierda” –como Podemos en España, La France Insoumise de Jean-Luc Mélenchon y el Partido Laborista bajo el liderazgo de Jeremy Corbyn– sufrieron una serie de reveses electorales. Este fenómeno llevó a algunos sectores de la izquierda a plantear que el proyecto había fracasado, por lo que habría llegado el momento de retomar formas más tradicionales de política de izquierda. Si bien los retrocesos son indiscutibles, sería a todas luces inadecuado desestimar una estrategia política por el solo hecho de que algunos de sus adherentes no lograron alcanzar sus objetivos en el primer intento.

Quienes llegan a esta conclusión identifican en forma errónea la estrategia populista de izquierda con una “guerra de movimiento” cuando es, por el contrario, una “guerra de posición”, en la que siempre hay momentos de avance y retroceso. Por otra parte, si analizamos las razones de los decepcionantes resultados electorales de Podemos, el Partido Laborista y La France Insoumise, podemos afirmar que, en todos los casos, obtuvieron todavía peores resultados cuando abandonaron su estrategia populista de izquierda anterior. De hecho, cuando Podemos en 2015 y Corbyn y Mélenchon en 2017 implementaron campañas populistas de izquierda

lograron muy buenos resultados, aunque no hayan ganado. Pero sus votos comenzaron a decaer cuando llevaron adelante estrategias diferentes en elecciones posteriores. Y cuando Mélenchon retornó al populismo de izquierda en las elecciones presidenciales de 2022, volvió a obtener buenos resultados. Esto sugiere que la estrategia populista de izquierda no ha perdido relevancia y, en consecuencia, no debería abandonarse.

Sin duda ya no vivimos un momento populista “candente” de alta politización, y las condiciones actuales son diferentes mucho de lo que ocurría antes de la pandemia. Los reiterados confinamientos y las formas de control que implementaron diversos gobiernos neoliberales pusieron freno a las manifestaciones públicas contra la austeridad. En aras de impedir la propagación del coronavirus, se pusieron en práctica medidas cada vez más autoritarias. No es el mejor momento para organizar una resistencia popular. Sin embargo, sería un error afirmar que esta nueva situación requiere una estrategia por completo diferente para la izquierda.

Es importante reconocer la especificidad de la coyuntura actual, que se caracteriza por un doble desafío: cómo hacer frente a las consecuencias sociales y económicas de la pandemia, y cómo abordar la emergencia climática causada por los efectos del calentamiento global. El calentamiento global es solo una de las varias y numerosas dimensiones de la crisis climática, pero es sin duda la más visible, y su impacto afecta de manera directa a una gran cantidad de personas. Hace ya muchos años que los científicos nos advierten sobre las consecuencias dramáticas de este fenómeno y no son escuchados. Hoy en día, gracias a la movilización de los jóvenes, el clima ocupa un lugar prominente en la agenda política. Para concebir una respuesta a la ofensiva neoliberal, la crisis social y la crisis ecológica, aunque diferentes, no pueden ser disociadas. No obstante, para comprender

la índole de las luchas en las que se inscriben, resulta útil estudiarlas por separado.

En este capítulo analizaré las consecuencias de las diversas medidas que los gobiernos neoliberales llevaron adelante para afrontar los efectos sociales y económicos de la pandemia. ¿Señalan una transición hacia un horizonte “posneoliberal”, como sugieren algunos, o asistimos en cambio al surgimiento de una nueva versión del neoliberalismo, mejor adaptada a la situación actual?

La respuesta de la mayoría de los gobiernos a la crisis sanitaria provocada por el covid-19 estuvo marcada por un alto nivel de intervención estatal. Las masivas inyecciones de dinero por parte de los bancos centrales impidieron numerosas quiebras comerciales y permitieron la supervivencia de diversas industrias sin necesidad de despedir trabajadores. Si bien gran parte de la actividad económica sufrió una brusca caída, se evitó un derrumbe económico catastrófico gracias a la aplicación de variadas formas de subsidios y programas de cesantía. Es probable que los niveles inesperados de intervención estatal hayan llevado a la gente a creer que eso significaba una ruptura con los principios neoliberales. ¿Fue lo que ocurrió? El neoliberalismo surgió con el fin de defender a la sociedad contra el “colectivismo” promovido por las teorías marxistas y keynesianas, y desde sus orígenes en 1947 con la Sociedad Mont-Pèlerin, su enemigo declarado ha sido el Estado intervencionista, presentado por Friedrich Hayek como aquel que conduce a las sociedades al “camino de la servidumbre”. Este enfoque fue marginal durante los años del Estado de bienestar de la posguerra. Sin embargo, tras su implementación en Chile durante la dictadura de Augusto Pinochet, el neoliberalismo logró imponer su concepción de una economía de libre mercado y consiguió por fin emprender el desmantelamiento del Estado de bienestar cuando Margaret Thatcher y Ronald Reagan asumieron el poder en Gran Bretaña y los Estados Unidos en 1979 y 1981,

respectivamente. Como afirmó Milton Friedman, había llegado el momento de que aquello que durante mucho tiempo había parecido políticamente imposible se volviera “políticamente inevitable”.

La ofensiva neoliberal aprovechó la crisis del modelo económico keynesiano en los años setenta (causada por las dificultades resultantes de un período de estancamiento –aumento de la inflación acompañado por desempleo–) para proclamar la urgencia de un cambio drástico en la estrategia económica. Decididos a romper el acuerdo establecido entre capital y trabajo y a restablecer la primacía del capital, sus defensores afirmaron que el aumento de las demandas democráticas y el poder adquirido por los sindicatos habían tornado “ingobernable” a la sociedad. Ya era hora de “destronar a la política”, en palabras de Hayek.

Vale la pena destacar que, aunque se anunció que liberarían al pueblo de la tiranía del Estado e inaugurarían una era de libertad, desde un comienzo las políticas liberales estuvieron acompañadas por fuertes medidas represivas contra sus opositores. Esto fue lo que ocurrió con los mineros en Gran Bretaña y con los sindicatos del sector público en los Estados Unidos. Como señaló Andrew Gamble al subrayar la relevancia del rol del Estado en las prácticas reales del neoliberalismo, fue una estrategia de “libre economía, Estado fuerte”.<sup>3</sup> Lo que había que restringir eran las funciones redistributivas del Estado y su rol en la planificación de la economía; en cambio, sus funciones represivas debían ser reforzadas para defender los derechos de propiedad y asegurar el saludable funcionamiento del libre mercado.

Como señaló David Harvey en *Breve historia del neoliberalismo*,

3 Andrew Gamble, *The Free Economy and the Strong State. The Politics of Thatcherism*, Durham, NC, Duke University Press, 1988.

el neoliberalismo es, ante todo, una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y las libertades empresariales del individuo dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada fuertes, mercados libres y libertad de comercio. El papel del Estado es crear y preservar el marco institucional apropiado para el desarrollo de estas prácticas.<sup>4</sup>

En su libro, Harvey señala que el giro hacia el neoliberalismo a partir de los años setenta fue acompañado por prácticas de desregulación y privatización, y también por la retirada del Estado de diversas áreas de prestaciones sociales.

Con la implementación de esas prácticas, la visión neoliberal logró imponer con éxito la idea de que la libertad de mercado era condición necesaria para el ejercicio de la libertad individual. Ese supuesto quedó tan arraigado en el sentido común, que fue dado por sentado. Tras haber sido relegada durante el consenso socialdemócrata del Estado de bienestar de posguerra, la ideología del “individualismo posesivo” comenzó a constituir la matriz de muchas relaciones sociales.

En Gran Bretaña esta visión fue movilizada por Margaret Thatcher, quien emprendió su ofensiva ideológica para desarticular los elementos claves de la hegemonía socialdemócrata bajo la bandera de la “libertad”. Aquellas cuestiones que solían considerarse como problemas sociales que requerían soluciones sociales –por ejemplo, el desempleo– se rede-

4 David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press, 2005, p. 2 [ed. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007, p. 6].



finieron como fracasos individuales mientras la intervención estatal era presentada como una forma de opresión. Con la proclamación de las virtudes del libre mercado, Thatcher obtuvo el apoyo de numerosos sectores atraídos por su promesa de liberarlos del poder opresivo del Estado. Como señalé en *Por un populismo de izquierda*, el thatcherismo encontró eco en un amplio sector de las clases populares porque el modo burocrático en que se distribuían muchos de los servicios sociales había generado resistencia a la intervención estatal. La capacidad de Thatcher para sacar partido de los afectos en juego en esa resistencia explica su éxito en la implementación de las políticas neoliberales en Gran Bretaña.

Es importante comprender que un régimen neoliberal puede adoptar una variedad de formas ideológicas para contextos diferentes, sin dejar de compartir una serie de rasgos comunes. Por ello es necesario ser cuidadosos para no confundir una nueva versión del neoliberalismo con una ruptura. En el caso del thatcherismo, los principios neoliberales fueron articulados con el neoconservadurismo, pero cuando el Nuevo Laborismo de Tony Blair asumió el poder en 1997 se establecieron formas nuevas. Los postulados claves del neoliberalismo se articularon con temas redistributivos socialdemócratas para conformar lo que Stuart Hall denominó “una versión socialdemócrata del neoliberalismo”.

La capacidad del neoliberalismo para adaptarse a diferentes situaciones y responder a las regulaciones cambiantes del capitalismo se vuelve evidente en la forma en que incorpora aspectos de los nuevos movimientos contraculturales, lo que Luc Boltanski y Ève Chiapello denominan un “nuevo espíritu del capitalismo”.<sup>5</sup> Los afectos que están en juego en el

5 Luc Boltanski y Ève Chiapello, *The New Spirit of Capitalism*, Londres - Nueva York, Verso, 2005 [ed. cast.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002].

ideal de autogestión, en la exigencia antijerárquica y en la búsqueda de autenticidad fueron puestos al servicio del desarrollo de la economía de redes posfordista y se transformaron en nuevas formas de control. Como sostuve en mi libro *Agonística*, esa transición es un ejemplo de lo que Antonio Gramsci denominó “hegemonía por neutralización” o “revolución pasiva”.<sup>6</sup> Esto refiere a una situación en que las demandas y los afectos que desafían el orden hegemónico se recuperan y se abordan de un modo que neutraliza su potencial subversivo.

Como hemos visto, la ofensiva neoliberal de los años ochenta fue fundamentalmente una reacción contra el acuerdo de posguerra entre capital y trabajo. Representó una reconquista de las fuerzas capitalistas tras años en los que se habían visto forzadas a aceptar los avances sociales y democráticos alcanzados por las clases trabajadoras. Fue una estrategia política para poner al Estado al servicio del capital, a fin de restablecer las condiciones para la acumulación y restaurar el poder de las élites económicas. Harvey observa que, si bien esta ofensiva tuvo éxito en la restauración, o creación, del poder de las élites económicas, fue menos efectiva en la revitalización de la acumulación global del capital.

Para comprender esta deficiencia, podemos recurrir a *Comprando tiempo* de Wolfgang Streeck.<sup>7</sup> Al analizar la evolución del capitalismo democrático a partir de la revolu-

6 Chantal Mouffe, *Agonistics. Thinking the World Politically*, Londres - Nueva York, Verso, 2013, cap. 4 [ed. cast.: *Agonística. Pensar el mundo políticamente*, Buenos Aires, FCE, 2014, cap. 4].

7 Wolfgang Streeck, *Buying Time. The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*, Londres - Nueva York, Verso, 2014 [ed. cast.: *Comprando tiempo*, Buenos Aires, Katz, 2016].

ción neoliberal, Streeck nos ayuda a comprender por qué las políticas neoliberales no han logrado revitalizar la acumulación del capital. Al resaltar la articulación de factores económicos y políticos, señala cómo esta evolución fue impulsada por las tensiones entre dos principios en conflicto dentro del régimen del capitalismo democrático desde fines de la Segunda Guerra Mundial: la justicia de mercado y la justicia social.

Streeck presenta el desarrollo del capitalismo democrático como una sucesión de intentos fallidos por lidiar con aquello que constituye su contradicción central: la necesidad de reconciliar la lógica de la acumulación capitalista con las instituciones democráticas, o los intereses de los mercados de capitales con los intereses de los votantes. Luego da como ejemplo ilustrativo de las tensiones inherentes al capitalismo democrático, y las limitaciones de la política pública para abordarlas, la secuencia de crisis que constituye la historia de las democracias capitalistas ricas desde los años setenta. La cuestión central siempre ha sido cómo lidiar con los requerimientos antagónicos de la integración sistémica y la integración social.

Ese autor discierne un proceso histórico en tres niveles: el Estado fiscal, el Estado deudor y el Estado de consolidación. La inflación durante los años setenta, la creciente deuda pública durante los años ochenta y la desregulación del crédito privado durante los años noventa para compensar una primera ola de consolidación fiscal, y los intentos por “restablecer una moneda sólida” bajo la presión de una crisis financiera global, son todas expresiones del enfrentamiento entre dos conjuntos divergentes de principios normativos: la justicia social y la justicia de mercado. En su opinión, la contradicción entre los intereses de los ciudadanos y los del mercado se profundizó en la última etapa de este proceso, porque la transición del Estado deudor nacional hacia el Estado de consolidación internacional, bajo los

auspicios de la Unión Europea, fortaleció el poder de los mercados financieros.

Streeck vaticina que, en tanto el capitalismo del Estado de consolidación ya no puede producir siquiera la ilusión de un crecimiento equitativo, los caminos del capitalismo y la democracia están destinados a separarse. Existe un enfrentamiento insalvable entre una economía moral popular de los derechos sociales de la ciudadanía y una economía capitalista que insiste en la asignación de recursos según la justicia de mercado, alineada con los requerimientos empresariales. Y luego afirma que “las instituciones vinculadas con la formación de la voluntad política, neutralizadas en lo económico, no ofrecerían demasiadas opciones a quienes rehusaran someterse a la justicia del mercado. Solo quedaría lugar para lo que a fines de los años setenta se denominó ‘protesta extraparlamentaria’”.<sup>8</sup> *Comprando tiempo* fue publicado en alemán en 2013, y el surgimiento desde entonces de movimientos de protesta *antiestablishment* podría interpretarse conforme a las previsiones de Streeck. El momento populista que analicé en *Por un populismo de izquierda* fue en muchos sentidos consecuencia de la crisis del capitalismo democrático, sobre todo de su incapacidad para sostener su hegemonía en el contexto de las políticas de austeridad del Estado de consolidación dictadas por los mercados financieros. Esto explica la necesidad de recurrir a medidas autoritarias y represivas para asegurar el acatamiento a un orden social que comenzaba a ser resistido por un número creciente de ciudadanos. Ese giro autoritario se produjo en países en los que, al fracasar la estrategia neoliberal de “empujar” a la gente a actuar de acuerdo con los requerimientos del capi-

8 Íd.

tal, la resistencia popular fue aplastada por la policía, como ocurrió en Francia con los chalecos amarillos.

En circunstancias en las que la legitimidad del sistema se ha visto socavada, es razonable esperar una creciente resistencia a las medidas autoritarias y un mayor nivel de antagonismo social. Esto fue lo que planteé en *Por un populismo de izquierda*, donde vaticiné un “retorno de lo político” que adoptaría la forma de una lucha entre un populismo de derecha y un populismo de izquierda.

Esto ocurrió antes de la pandemia, por supuesto. Como ya señalé, hoy en día nos enfrentamos a la doble crisis de la emergencia climática y las consecuencias económicas y sociales de la crisis sanitaria. No hay dudas de que la emergencia del coronavirus y su propagación por el planeta entero se vio facilitada por la destrucción del ambiente, destrucción que el capitalismo financiero ha acelerado e intensificado. Décadas de políticas neoliberales de austeridad han destruido los servicios públicos de numerosos países, que se encontraron poco preparados para enfrentar la pandemia.

Por esos motivos, el coronavirus valida las tesis del campo progresista y muchos anticipan que señala el fin de la hegemonía del capitalismo neoliberal. Sus exponentes piensan que, ya que el covid-19 exacerbó las inequidades y crisis existentes, una vez restablecida la normalidad las luchas populares se reactivarán con renovado vigor. Es posible que tengan razón; pero temo que, en lugar de intensificar la crisis de legitimidad del neoliberalismo, la pandemia le infunda un nuevo impulso.

Lo que me lleva a evaluar esa posibilidad es el supuesto de que la pandemia generó afectos ligados a una fuerte necesidad de seguridad y una demanda de protección. Esta hipótesis se basa en mi lectura de Karl Polanyi, quien en su libro *La gran transformación* puso de manifiesto cómo la sociedad en los años treinta, amenazada por la dislocación causada por los avances de la mercantilización, reaccionó con un

contramovimiento que readaptó la economía a las necesidades sociales.<sup>9</sup> Polanyi también señaló que la resistencia a esa dislocación no adoptó necesariamente una forma democrática. De hecho, no solo condujo al New Deal de Roosevelt, sino también al fascismo y al estalinismo.

La idea de contramovimiento que introduce Polanyi recobró vigencia en los últimos años para explicar el crecimiento global de los movimientos sociales contemporáneos que se oponen al neoliberalismo. Creo que esta dimensión de su trabajo es muy reveladora, pero quiero referirme a otra que considero muy relevante en la actual coyuntura: la importancia que atribuye al elemento de la autoprotección. Polanyi señala que, cuando las sociedades sufren serias alteraciones en sus modos de vida, la necesidad de protección se vuelve una demanda central y la gente tiende a seguir a quienes consideran que mejor pueden satisfacer esta necesidad.

En el presente, nos encontramos en una situación análoga. Si bien es evidente que las circunstancias difieren, la pandemia sin duda ha tenido un profundo impacto afectivo en amplios sectores de la población. Los grupos más pobres y quienes poseen empleos precarios han sido los más afectados, aunque la disrupción generada por la pandemia produjo en diversos sectores un sentimiento generalizado de vulnerabilidad que expresa un deseo de seguridad y protección.

Ese deseo puede abordarse de diferentes formas, ya sea de manera progresista o retrógrada. Así, puede beneficiar a los populistas de derecha si estos logran convencer a la gente de que la seguridad requiere la adopción de una visión de soberanía en términos de nacionalismo excluyente. Y es indudable que se han ocupado de promover ese enfoque. En tanto

9 Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Boston, Beacon, 1991 [ed. cast.: *La gran transformación*, Buenos Aires, FCE, 2017].

afirman ser la voz del pueblo, acusan a las élites neoliberales y sus políticas de globalización de ser responsables de la crisis por haber abandonado la soberanía nacional y defender el libre comercio. El discurso *antiestablishment* de derecha, el llamado a recuperar la soberanía y el rechazo al dominio de las corporaciones transnacionales encuentran buena acogida y repercusión en los sectores populares.

Sin embargo, a diferencia de lo que escribí en *Por un populismo de izquierda*, en la actual coyuntura no creo que siempre debamos considerar a los populistas de derecha como el principal oponente. Si bien es indiscutible que en ciertos países representan una amenaza para la democracia, sería un error orientar todas nuestras energías en enfrentarlos, a expensas de desatender a otros adversarios. Por ejemplo, me preocupa especialmente que los gobiernos neoliberales saquen provecho de ese sentimiento de vulnerabilidad y fomenten el desarrollo de una versión neoliberal de tecnautoritarismo, presentada como la mejor manera de brindar seguridad y protección. Con tecnologías digitales innovadoras, como los códigos QR, estos gobiernos intentan reforzar su poder y restaurar su legitimidad.

De ninguna manera pretendo apoyar el argumento de Giorgio Agamben y otros que aducen que la pandemia fue generada con el objetivo de controlar a la población. Sin embargo, es indudable que los neoliberales intentaron utilizarla en beneficio propio. Hemos visto indicios tempranos en la promoción de la tecnoseguridad como respuesta a la crisis sanitaria, de acuerdo con la cual la solución consiste en generar aplicaciones para controlar la salud de la población. Esto abrió el camino para que gigantes informáticos se instalaran como agentes de una política sanitaria por completo digitalizada.

Es evidente que la pandemia representó una gran oportunidad para las grandes empresas de alta tecnología, que obtuvieron ganancias inesperadas gracias a los prolongados

períodos de confinamiento. Ahora, su ambición es extender su control a una variedad de ámbitos. Esto podría conducir al New Deal de las Pantallas imaginado por Naomi Klein, una suerte de “doctrina del shock pandémica” que se dejaría en manos de empresas como Amazon, Google y Apple, delegando en ellas importantes decisiones sobre cómo organizar nuestras vidas y habilitándolas para recibir fondos públicos mientras se elimina cualquier control democrático.<sup>10</sup>

En un momento en que su principal objetivo es impedir el retorno del antagonismo político tras la “pausa” de la pandemia, las élites neoliberales, conscientes de la necesidad de dar respuesta a las demandas recientes, alientan activamente las formas digitales de protección. Esto ya ha generado consecuencias, dado que hoy en día son muchas las personas dispuestas a aceptar formas digitales de control que antes rechazaban. Si bien es indudable que este proceso de digitalización del control social ya se había iniciado, la emergencia del covid-19 intensificó y afianzó las tendencias existentes. La pandemia probablemente será considerada un momento clave en la evolución hacia un capitalismo digital que fomenta formas posdemocráticas de tecnoautoritarismo inmunes al control democrático.

Este neoliberalismo digital autoritario es legitimado por el “solucionismo tecnológico”, hoy tan en boga, analizado por Evgeny Morozov. Ya en 2013, en su libro *Para salvar todo, haga clic aquí*, Morozov nos alertó contra la ideología del solucionismo promovida por Silicon Valley –según la cual todos los problemas, incluso los políticos, tienen una solución tecnológica–<sup>11</sup> y afirmó que ese enfoque fue fortalecido por el crecimiento de internet, que ha permitido a los adeptos

10 Naomi Klein, “The Screen New Deal”, *The Intercept*, 8 de mayo de 2020.

11 Evgeny Morozov, *To Save Everything, Click Here. The Folly of Technological Solutionism*, Nueva York, Public Affairs, 2013 [ed. cast.:



tos expandir el alcance de sus intervenciones. En su opinión, el peligro radica en simplificar los problemas para obtener resultados inmediatos que no permiten examinar proyectos de reforma intelectualmente complejos y más demandantes.

Percibo en este solucionismo una versión tecnológica de la concepción pospolítica dominante durante los años noventa. Mediante la implementación de tecnologías digitales, los solucionistas promueven medidas posideológicas, lo cual les permite eludir la política. A todas luces, su creencia en que las plataformas digitales pueden ofrecer los fundamentos de un orden político concuerda con el argumento de los políticos de la tercera vía, según el cual los antagonismos ya han sido superados y la izquierda y la derecha constituyen “categorías zombis”.

Algunos neoliberales esperan que este capitalismo digital, reforzado por los notables avances de la inteligencia artificial, aporte la solución a la crisis de acumulación que aqueja al capitalismo. Piensan que la digitalización de numerosas actividades en una variedad de ámbitos –trabajo, educación, salud y otros– es un modo de reducir los costos de producción, y están persuadidos de que tendrá un profundo impacto en la dinámica del capitalismo y marcará el inicio de una nueva era. También sostienen que el desarrollo de un “capitalismo verde” y la promoción de la geoingeniería representan la solución al problema del calentamiento global y están ávidos por aprovechar el campo de oportunidades que se abre a raíz de la emergencia climática.

Debemos ser conscientes de que el desarrollo de estos proyectos podría ofrecer al neoliberalismo una nueva posibilidad de “ganar tiempo”. Sin lugar a duda, persistirían las contradicciones entre las demandas del mercado y aquellas

---

*La locura del solucionismo tecnológico*, Buenos Aires, Katz - Capital Intelectual, 2016].

de los ciudadanos, y la incompatibilidad entre capitalismo y democracia no desaparecería; pero esta nueva forma de pospolítica digital representaría un serio revés para las fuerzas de la democracia.